



# París, cuando ninguna provocación era suficiente

► Un libro recorre la vida cultural que acogió la ribera derecha de la ciudad en el periodo de entreguerras

JAIME G. MORA  
MADRID

El río Sena separa dos maneras de vivir París. Al menos así se ha entendido históricamente. La 'rive gauche' -la orilla izquierda, la que queda al sur- se ha llevado la fama de canallita. La explosión artística de Montparnasse, los ecos del barrio latino, el jazz, las tertulias... Si París compitió el siglo pasado con Nueva York por ser la capital cultural del mundo, en buena medida fue por la potencia de lo que sucedía a este lado del río. «Pero no está de más saber que, durante mucho tiempo, su centro indiscutible fue la margen derecha del Sena», escribe Giuseppe Scaraffia en 'La otra mitad de París' (Periférica).

En ese otro lado del río quedan el Palacio Real, la Biblioteca Nacional y los Campos Elíseos, con sus teatros y cines; las periferias y Montmartre, «donde aún vivían los artistas que no se habían mudado a Montparnasse». Entre 1919 y 1939, entre dos guerras tota-

les, este fue «sin duda el escenario principal de la vida artística, literaria y mundana de París», apunta Scaraffia. Henry Miller, Anaïs Nin, Proust, Colette, Céline... Todos jugaron a olvidar la destrucción. «La vida se les figuraba breve y había que disfrutarla deprisa». París, palabra de André Breton, era ese sitio donde «en cualquier momento podía suceder algo que mereciera la pena».

## Lujo y decadencia

Este es el universo que retrata Scaraffia en 'La otra mitad de París', donde, como ya hiciera en 'La novela de la Costa Azul', mezcla anécdotas y vivencias de todo tipo de personajes que poblaron la orilla derecha de la capital francesa. El

**Entre 1919 y 1939, la capital era ese lugar donde «en cualquier momento podía suceder algo que mereciera la pena»**

autor italiano viaja en el tiempo y en el espacio: las experiencias que relata van de una fecha a otra, sin continuidad aparente, de barrio en barrio, en una estructura que podría resultar caótica pero que en cambio se mantiene unida por ese hilo en común que son las historietas que esa tribu de artistas legaron para la posteridad. Porque «ninguna provocación era suficiente».

Había en ese París lugar para el lujo y la decadencia, cuando no para ambas cosas a la vez. El bar del hotel Ritz por ejemplo. Por allí se dejaba caer F. Scott Fitzgerald «cuando quería que sus amigos lo perdonaran por cualquiera de las tonterías que hacía en estado de embriaguez». Un día de 1928 el 'maitre' le dijo al escritor que había tenido que darle cien francos a un hombre para que se comprara un sombrero nuevo. «¿De quién me habla?». Era un tipo al que había pisoteado su sombrero la noche anterior. Fitzgerald ya no lo recordaba, claro. «Debo advertirle que, si vuelve a suceder, ya no podrá volver aquí más».

El hotel Marigny, famoso «como lugar de encuentro para homosexuales más o menos



influyentes», podría ser el reverso del Ritz. Allí se personó un día de enero de 1918 la policía. Marcel Proust fue uno de los detenidos en aquella redada. A Proust le gustaba ir al burdel porque constituía una «fuente de información demasiado valiosa»: se enteraba de los vicios de sus clientes más distinguidos y conseguía ideas para escribir 'En busca del tiempo perdido'. «Las oportunidades más golosas para Proust eran cuando, avisado por el propietario, podía contemplar por un agujero sesiones de masoquismo que después reproducía en su obra», escribe Scaraffia. «Solamente puedo describir las cosas tal y como son de verdad, y para eso no tengo más remedio que verlas», le dijo una vez el escritor a su criada Céleste.

## Años con trampa

Más solemne era la Biblioteca Nacional. «Walter Benjamin aparece en una foto de 1936 de una amiga, la joven Gisèle Freund, absorto en el estudio, en una mesa», señala el autor de 'La otra mitad de París'. El filósofo iba allí a diario. «Para mí, nada en el mundo podría sustituir a la Biblioteca Nacional», decía. También majestuosos eran los Campos Elíseos, donde el novelista y dramaturgo húngaro Ödön von Horváth dio su último paseo. Tras haberse enfrentado a los nazis, en plenas negociaciones para llevar al cine una de sus obras, y bajo el calor del primero de junio de 1938, un rayo arrancó la rama de un árbol que cayó



Salvador Dalí // ABC



Coco Chanel // ABC



Marcel Proust // ABC



Francis Scott Fitzgerald // ABC



1 El Puente de Nuestra Señora. El río Sena divide París en dos: la 'rive droite' y la 'rive gauche' 2 Años 20 en un café de Montmartre, periferia en la que muchos artistas se dejaban caer 3 El Palacio del Trocadero, hecho para la Expo de 1878, jamás fue aceptado por el público. Fue destruido y sustituido por el Palacio de Chaillot

sobre Horváth y lo mató. Tenía 37 años.

Dalí tenía 25 cuando visitó a Picasso en la rue La Boétie, donde el pintor se aburguesó; nada que ver con el Picasso «pordiozero y descuidado de Montmartre», también en la orilla derecha del Sena. «He venido a verlo a usted antes incluso de visitar el Louvre», le dijo Dalí. «Y has hecho muy bien», respondió el malagueño. Cosas de pintores. Dalí le había llevado su 'Muchacha de Figueres', que Picasso examinó con atención.

Era 1926. Tres años después, Dalí conocería a Gala, para desgracia de Paul Éluard. El poeta había reservado un piso para vivir con Gala en la rue Bequerel, pero el matrimonio se fue a pique. «Solo he amado a Gala / si niego a las otras mujeres es solo para afirmar / que jamás he conocido a otra mujer sino a Gala / que me haya dado algunas ganas de vivir / y muchas ganas de matarme».

Y así fueron dejando sus huellas todos estos artistas que hicieron de la ribera derecha el centro del mundo. Colette y su gusto por el escándalo, Yourcenar y su pelo «aún más corto de lo que imponía la moda», Coco Chanel y la suite del Ritz en la que vivió tres décadas, la luciferina personalidad de Céline... Solamente los más pesimistas advirtieron que aquellos años tenían trampa; venía otra vez el ocaso. Como escribió Morand, se dejaron «caer en el abismo como quien se abandona al placer».

## BESTIARIO ESTIVAL

KARINA SAINZ BORGÓ



# Corcel de la mayoría absoluta

Un político que reúna carisma, popularidad y capacidad de supervivencia comparte con los unicornios el rasgo más elemental de cualquier bestiario: nadie los ha visto jamás. Ni al uno ni al otro. Al menos en la Vieja Hispania, donde los cónsules, aprendices de brujo y demás quiromantes atados a un escaño arden en la pira de la tertulia semanal. Sin embargo, según consta en las antiguas cartografías ibéricas, habita en estos dominios un animal afín. Una de las especies más singulares del reino fantástico desde tiempos de Plinio. Se trata del Corcel blanco de la mayoría absoluta, que es como se conoce en toda la península a Isabel III de Díaz y Ayuso, discípula de la Casa Aguirre y emperatriz del pueblo chulapo desde hace ya un lustro. Lleva en la grupa un cementerio en el que caben todos los ancianos de la villa en tiempos de escorbuto. Madona de los bares y las morgues, según convenga. Vencedora sobre Teodorico, rey del Hueso de las aceitunas y vasallo del Niño de San Ildefonso, el Corcel de la mayoría absoluta es perseguida por su belleza parlamentaria, pero, sobre todo, por el mágico cuerno cuyas propiedades devolvieron a los Populares el favor de los habitantes de la Villa, antaño descontentos por los 'relaxing cup of café con leche' con los que Nuestra Señora de la Botella fracasó en los Juegos Olímpicos del desastre. Implacable en sus coces contra enanos y jinetes de la Orden del Señorito Cerril, el Corcel de la mayoría absoluta y baronesa de los chulapos guía los pasos del Apóstol, no en dirección a Santiago, pero sí en los de la investidura. Así lo reflejó Ovidio

en su quinta versión apócrifa de las 'Metamorfosis', correspondiente al verano del voto por correo. Cuenta la leyenda genovesa que el Corcel es fruto de la unión de Othar, el caballo de Atila, y una de las cuatro yeguas de Diómedes. A pesar de ello, y de acuerdo con los archivos de la catedral de la Almudena, existe una línea genealógica directa con Pegaso. La tesis ha sido descartada en varias ocasiones, pues, a diferencia del que fuese el caballo de Perseo, el Corcel de la mayoría absoluta no se deja dominar ni siquiera por las bridas de oro del hijo de Zeus. De ahí que cobre peso la hipótesis sobre su filiación sanguínea con el Babieca del 'Cantar del Mío Cid', el caballo de Espartero o el Nazarí de Diego Ventura. Desde su ascensión al cielo de Madrid como emperatriz y gran señora demoscópica, el Corcel de la mayoría absoluta recibió

más dardos que san Sebastián flechas. A pesar de las embestidas –incluso a pesar de sus propios errores–, este unicornio 'dos punto cero' aguantó como un húsar en una carga de caballería. Odiada por las Amazonas atadas a una plancha de vapor, se crece en sus paseos por la pradera de San Isidro. Cuantos más conjuros arrojan los hechiceros de Ferraz en su contra, más se amplifican los poderes, sobre todo los afrodisíacos electorales, que un médico griego glosó en el 400 antes de Cristo. Se preguntan los doctores de los templos demoscópicos si lo suyo es valentía, audacia o bisoñez. Si es acaso inteligente o lista. Si aprende rápido o lo trae puesto de casa. Sea como sea, el Corcel de la mayoría absoluta ha sobrevivido a sí misma y a quienes intentan bajarla a pedradas del Olimpo. Cuando Ricardo III suplicaba, desesperado, un caballo a cambio de su reino, pensaría quizá el rey de Inglaterra y señor de Irlanda en esta criatura mitológica, la más poderosa que un jefe de campaña hubiese imaginado jamás.

